

## GOZOS FUNESTOS.

*Plorabitís vos, mundus gaudebit... Tristitia vestra vertetur in gaudium.*

Llorareis mientras el mundo se regocijara... Pero vuestra tristeza se convertirá en gozo.

(JOANN. XVI, 20.)

Las penas y aflicciones que Dios nos envía son pruebas y otros tantos medios de salvacion.

El mundo desconoce esta verdad. En vez de santificar las penas, aceptándolas de buena voluntad, las rechaza, por el contrario, murmura de ellas y hasta llega á maldecirlas; y como para combatir su destino espiritual, busca una compensacion terrenal de ellas en los placeres y en los goces fútiles, peligrosos, ó criminales: *mundus gaudebit.*

El cristiano, por el contrario, como que no busca en las consecuencias del pecado original una compensacion pasajera, tampoco huye, sinó en cierta proporcion, de las penas y de las lágrimas. Encuentra más de un motivo de afliccion desconocido al mundo, en la fragilidad de su naturaleza, en la contradiccion, en los males que pesan sobre sus hermanos, en su temor de desagradar á Dios, y, finalmente, en la meditacion de lo que padeció Jesucristo por nuestra salvacion: *plorabitís vos.*

Pues bien, hermanos míos, voy á deciros con Nuestro Señor, que vuestro llanto debe preferirse á la alegría de los mundanos, y que en el fondo de vuestras aflicciones y de vuestra tristeza, hay cierta serenidad y un gozo más verdadero, más sólido y saludable que el regocijo aparente del mundo.

El gozo del mundo es falso, frágil y peligroso: primer punto.

El gozo cristiano, acompañado de lágrimas, es verdadero, sólido y saludable: punto segundo. Imploremos los auxilios de la gracia: A. M.

1. El gozo del mundo es falso, porque no está en relacion con su objeto, unas veces por error, otras por su desproporcion. Me explicaré:

Si el gozo proviene de lo que debería producir afliccion, es á todas luces falso. Ahora bien; examinad rápidamente las cosas de que el mundo se enorgullece, ó se regocija, y casi siempre reconocereis en ellas las ocasiones de caida, ó, cuando ménos, la satisfaccion consumada de malas pasiones.

En el mundo, regocijase el ambicioso del feliz resultado de una operacion, sin preguntarse si los medios empleados fueron la intriga, la mentira, la violencia ú otra mala pasion, que tal vez haya causado la perdicion de algunas almas.

En el mundo, la mujer que brilla y es adulada, se recocija de su belleza, de sus adornos, de sus triunfos en el baile ó en los salones, sin pensar en si ha mentido, infundiendo esperanzas que son en sí verdaderas faltas, ó bien si se ha puesto en la alternativa de un embuste tácito, ó de otro pecado mortal. No ve ella lo que es en realidad una mujer impúdica y mentirosa; pues en la mujer llamada coqueta, la castidad material no impide el que falte á la pureza.

En el mundo causa regocijo una feliz operacion de Bolsa, que al enriquecer á uno, arruina á otro.

Tambien se regocijan los mundanos por una herencia, y rien sobre el sepulcro de personas que fingian amar con ternura.

¡ Ah! no es del caso exclamar aquí! *Vae vobis divitibus, vae vobis qui ridetis!*

Lo que con frecuencia debiera causar vergüenza y hacer derramar lágrimas, es, por el contrario, motivo de regocijo en el mundo.

En segundo lugar, hermanos míos, la alegría del mundo es falsa muchas veces, no por error, sinó por desproporcion, ó sea, porque los mundanos atribuyen exagerada importancia á tal ó cual cosa, que si no es mala en sí misma, expone á grandes peligros por el mero hecho de que se la toma por el soberano bien, con gran perjuicio de los bienes espirituales.

Por ejemplo, una jóven, sin ser una coqueta impúdica, fija toda su atencion, todos sus deseos en la adquisicion de un bello traje. Piensa en este traje ántes y despues de haberlo adquirido. Este traje forma una época en su existencia, sobre todo, si por él ha sido muy felicitada.

Un artista, un escritor, se considera feliz si consigue que el público le aplauda. El orgullo tendrá una parte en su gozo; quizás no estaria ni de mucho tan satisfecho si hubiese salvado la vida de un prójimo.

Un comerciante atiende al progreso de su fortuna con más atencion y gozo que al progreso espiritual de su hijo.



Una madre de familia se extasia ante las naderías de su hijo ; y su gozo no se turba sinó por el temor de una muerte precoz reservada á esa inteligencia anormal. Si la pobre mujer, cuyas ridiculeces nos sentimos inclinados á perdonar, fijase su atencion más en el corazon que en la inteligencia de su hijo, esperaria á regocijarse cuando vierá desarrollarse en su hijo los buenos sentimientos.

Pudiera yo multiplicar los ejemplos de un gozo que no tiene proporcion alguna con su causa. Me bastará, empero, hablaros, en general, de los que se creen felices solo porque gozan, sin turbacion de ningun género, de los bienes de este mundo. Nacieron ricos, viven en la opulencia, y morirán en ella; sus mujeres les son fieles, sus hijos están bien colocados. ¿Quién no se consideraria feliz en su lugar? Por cierto que semejantes hombres no tienen que quejarse de la Providencia ; sin embargo, un dia se quejarán de sí mismos, por haberse dormido en brazos de su bienestar. Su gozo es falso porque no va acompañado de un saludable temor, y porque no piensan en pedir á Dios bienes más preciosos, sinó que paralizandó en sí mismos el deseo de los goces espirituales, no se cuidan de buscarlos, por cuyo motivo es de temer que Dios les diga un dia : ¡ Ay de vosotros, corazones tibios, que habeis hallado en la tierra vuestro gozo y vuestro soberano bien ! *Væ vobis qui habetis consolationem vestram !*

El gozo del mundo, es, pues, falso ; demostremos ahora, que es además tan frágil como su objeto.

¡ Mundano ! ¿ cuál es la causa de tu gozo ?

—Mi salud, contestas. En torno mio, todos se mueren, y yo, por el contrario, rejuvenezco.—Pero : ¿ has reflexionado que basta un minuto, un segundo, para quitarte la vida ? ¿ Cuántas personas más robustas han muerto de un accidente ! Teme que una caida, un perro rabioso, el cólera, un ataque de apoplejía, acabe con tu existencia ; teme, en fin, á Dios, y no estarás tan contento.

—Soy rico.—Teme una quiebra, un naufragio, un pedrisco, el robo, el incendio, y ármate con este temor para que no seas un dia victima de la desesperacion.

—He sido afortunado en mis empresas. Los que me graduaban de ambicioso, ahora me aclaman grande.—Teme á Dios : hombres mucho más elevados que tú, han caido.

—Gozo del favor público.—Los tricornios, los sombreros de copa alta, las pelucas, las colas, y las alas de palomo, gozaron tambien de él.—Además, tengo talento ! —Supongamos que sea cierto que lo tengas ; reflexiona que el público carece de él ; puede pues tu génio, suscitarle envidiosos, y éstos formar una cábala que acabe con tu

triunfo, y te haga morir desconocido y hasta dudando de tí mismo. Hermanos míos, una sola cosa es la que el prójimo no puede quitarnos : la buena conciencia.

Amigo mio ; ¿ cuál es la causa de tu gozo ?

—La caida de mis advesarios, la humillacion de aquellos que eran el objeto de mi envidia.—Tu detestable gozo es frágil, y quisiera extinguirle. Tú eres envidioso ; pues yo te digo que sufrirás mucho, y que sufrirás siempre, á ménos que la caridad te cure. Cuando no envidies la dicha de unos, tendrás envidia de la felicidad y de la tranquilidad de otros. Llevas contigo un vicio groseramente gloton, que nunca se dá por satisfecho ; y aún llegando á ser el más afortunado de los mortales, tu envidia hallaria siempre algun pretexto para lamentarse. El rico envidioso se queja de las tribulaciones del impuesto, de la paralizacion de los negocios ; y á creerle, los cuidados de la propiedad no son ménos crueles que los de la indigencia. Todo sucesivamente será objeto de tu envidia, todo, hasta la santa resignacion del pobre y la calma del inocente oprimido. Dichoso aún, si llegado hasta este punto, en las evoluciones de tu deseo, comprendes por fin, en qué consiste tu verdadero y sólido interés.

—Yo estoy plenamente satisfecho ; cultivo la literatura, las artes y la filosofía ; poseo una vasta y escogida biblioteca ; doy conciertos en mi casa, donde oigo la mejor música : es admirada mi selecta galeria, y, finalmente, Dios me ha concedido los medios de satisfacer mi exquisito gusto y todos mis antojos, que nada tienen de culpable.—No censuro yo el goce, hermano mio, cuando no es exagerado ; pero permíteme te diga, que es tan frágil como su causa. Si perdieras la vista, ¿ gozarías con la posesion de tus cuadros ? Si ensordecieras, ¿ te recrearias en tus conciertos ? ¿ y qué harías si te vieses reducido á la pobreza... ?

De suerte, hermanos míos, que el gozo, aún el más lícito, es frágil cuando se funda únicamente en bienes terrenos. Lo es, en primer lugar, porque estos bienes son perecederos y pueden abandonarnos ; y luego, porque un dia tendremos que dejarlos. Y puesto que al morir hemos de abandonarlos, ¿ no seria insensato el que formara de ellos el principal objeto de su gozo ?

El gozo de los mundanos es, por último, peligroso.

No puede dejar de serlo, porque siendo, como hemos visto, falso y frágil, ocupa en la vida un lugar que no permite al verdadero y santo gozo el acceso al corazon y al espíritu. El error excluye la verdad.

Falso en su objeto, excluye al verdadero gozo, al gozo cristiano, que dimana de la buena conciencia y de la esperanza en los méritos



de Jesucristo. En efecto, ¿cómo se puede pensar con fruición en las promesas que Dios dirige á sus fieles, cuando se goza en lo que se opone á sus mandamientos? ¿Se puede servir á la vez á Dios y á Satanás? Si en medio de los gozos que produce el éxito en el mal, quisiera alguien gozarse por haber hecho un poco de bien, este último gozo sería al punto turbado por aquéllos, que triunfarán de toda dulce emoción producida por la obediencia á la voluntad de Dios.

El gozo mundano es, además, peligroso, porque es enemigo de la mortificación cristiana, prescinde poco á poco de las restricciones que nos recuerdan la cristiana educación, el ejemplo de deudos formales y dignos, y el sentimiento del deber, refugiado en los últimos pliegues de la conciencia.

Alentado por los cómplices de sus satisfacciones, el que ama los goces mundanos no halla ningún atractivo sino en las riquezas, en la futilidades, en la intriga, en las cosas temporales, y, por último, cae en una completa indiferencia por todo lo que interesa á su alma.

*Mundus gaudebit.* Si; el mundo se regocijará; pero, ¿cuál será el fin de su regocijo?

2. El gozo del cristiano, aquel gozo que se experimenta aún en el seno de la aflicción, no es ruidoso. Frecuentemente ni siquiera puede ser adivinado, porque es íntimo, discreto, y el cristiano, para conservarlo, ninguna necesidad tiene de ostentarlo, ó de proclamarlo con estrépito.

Este gozo secreto subsiste aún en medio de las pruebas, *plorabit* vos, porque, al contrario del gozo mundano, es verdadero, sólido y saludable. No insistiré, hermanos míos, acerca de esos caracteres: basta trocar todas mis proposiciones sobre el gozo mundano. Así, pues, el gozo cristiano es verdadero, porque por grande que sea, siempre está en armonía con la naturaleza de su objeto, y no puede pecar por exceso como el gozo mundano, que, aún siendo lícito, es exagerado. La causa de nuestro gozo, de este gozo que no nos abandona ni aún en medio de las lágrimas y de las penas, es Dios, es Jesucristo, es la salvación, la felicidad eterna: luego, es el soberano bien. Hé ahí porque los mártires cantaban en los suplicios; hé ahí porque la muerte cristiana es tranquila, serena y á veces estática. Nunca será excesivo el gozo dimanado de semejante objeto; es el gozo que nace de la fe, la esperanza y la caridad. Nosotros *creemos* que Dios quiere salvarnos, y que derramó su sangre para redimirnos; nosotros *esperamos* alcanzar la gloria con la ayuda de los méritos de Jesucristo; finalmente, nosotros *amamos* á Dios como el mejor de los

padres, á quien veremos un día en su gloria, sonriendo y radioso: nuestro gozo es, pues, un gusto anticipado de la beatitud.

El gozo del cristiano es sólido, porque su objeto, su causa, es imperecedera é inmutable. Dios no es caprichoso, las promesas de Jesucristo no fallarán, y las recompensas que él nos reserva son eternas.

El gozo cristiano es saludable, porque es conforme á la voluntad de Dios, quien se ha dignado conceder á una buena vida esta recompensa, que excluye necesariamente el gozo funesto. Es saludable, porque él se dá testimonio á sí mismo, se acrecienta, y, á la par del gozo humano, es invasor; pero por una causa muy distinta. Es invasor, no porque el cristiano halle imitadores, á la manera que el mundano halla cómplices; no porque desee desconocer el mundo, como el mundano busca aturdirse sobre la verdad; ni, en fin, porque el bien, lo mismo que el mal, tienden por naturaleza á progresar; sino porque la reflexión no puede ménos que confirmar este gozo cristiano, puesto que su objeto es verdadero é inmutable, y las mismas aflicciones no pueden dejar de acrecentarle en un corazón que en las pruebas reconoce un beneficio.

Por lo tanto, hermanos míos, preciso es dar gracias á Dios por haber puesto en el gozo de sus fieles servidores más principios de desenvolvimiento que en los gozos falsos, exagerados ó criminales.

Finalmente, hermanos míos, mientras que el gozo criminal conduce á los abismos, *ad inferna descendunt*; mientras que el gozo exagerado y fútil retarda la salvación, cuando no la impide; el gozo cristiano no sólo queda justificado por un gozo mayor, sino que las aflicciones que lo acompañan son coronadas por un gozo eterno. Vosotros llorais, amigos míos, y el mundo sonríe; pero tened paciencia; vuestro corazón se regocijará y nadie podrá arrebatáros vuestro gozo, porque vereis al Salvador eternamente. Entónces no os acordareis de vuestros pasados dolores, que, con la asistencia de Dios, habrán engendrado en vosotros mismos un hombre nuevo, un ejemplar de Jesucristo; en una palabra, os habreis transformado en escogidos de Dios: *Tristitia vestra vertetur in gaudium*.

No envidiemos, pues, hermanos míos, los falsos gozos de los mundanos. Aquel que no conoce las lágrimas, es desgraciado, porque no piensa en purificarse, y recibe ya en este mundo la recompensa del poco bien que practica. El que por los males terrestres busca una compensación en los placeres, ignora su destino, y no llegará al término que desea. El soberano bien no es de este mundo.

A pesar de las tentaciones, de los malos ejemplos y de las aparien-



cias de felicidad que nos presentan los mundanos, á pesar de nuestras aflicciones, ¡qué digo! á causa de nuestras mismas aflicciones, dirijamos constantemente nuestras miradas y elevemos nuestros corazones hácia el cielo, y obtendremos, en el seno de Dios, la paz y el gozo eterno, frutos dichosos que el Espíritu Santo habrá cultivado en nuestras almas. *Fructus spiritus gaudium, pax* (GAL. V).

## GRACIA

(LA)

### Y SUS PRODIGIOS.

*Gratia Dei sum id quod sum.*  
Por la gracia de Dios soy lo que soy.  
(I Cor. xv, 40.)

Fundar una religion nueva es obra tan superior á las fuerzas humanas, que donde quiera que se intenta tal empresa seriamente, es recibida con una sonrisa de compasion. No hay mortal capaz de representar un nuevo Moisés, un nuevo Cristo, sin que su nombre caiga herido del más soberano ridiculo. ¿De dónde viene esta disposicion del espíritu en nuestros dias? ¿Será tal vez la dificultad de escoger dogmas y mandamientos, que sean del agrado de los que no aceptan los del Evangelio? ¿Será debido al sentimiento implícito de la inmortalidad del Cristianismo? No lo creo; el mayor obstáculo, la principal dificultad que se opone al éxito de todas las revelaciones de lo porvenir, no consiste en producir dogmas que engendren la certidumbre, sinó dogmas que tengan una eficacia práctica y que engendren la santidad. Sí; á mi parecer, una de las más bellas pruebas del Cristianismo es este poder de santificacion: todo símbolo que excluye á Nuestro Señor Jesucristo, autor de la gracia que santifica, es una simple especulacion. Solo el Cristianismo, pasa de las ideas de la humanidad á las costumbres; está probado por sus prodigios, y

aún más por sus virtudes; pues, y en esto apelo á las leyes ordinarias de la naturaleza, un santo es un milagro casi tan brillante como la resurreccion de un hombre. ¿Cuál es la causa de que el Evangelio no haya sido un sistema moralmente estéril como la república de Platon? ¿En qué consiste que nuestra religion, que tan sábiamente sabe disertar en una escuela, sabe aún mejor resistir y sufrir en los diferentes palenques que sus perseguidores le han abierto? ¿Por qué obtiene de nosotros, no una simple adhesion, como los sistemas filosóficos, sinó una adhesion sin límites, llena de sacrificios y que cuesta el bienestar, la gloria y la vida? Es que tiene una influencia misteriosa, influencia que da el movimiento al mundo moral que nos rodea, y que no puede ser contrahecha por la audacia de los innovadores, en cuyo Evangelio falta siempre, como al gran Arquímedes, el punto de apoyo para levantar el mundo; esta influencia no se prueba como una teoría, sinó como un hecho último y soberano; no se encuentra á fuerza de argumentos ni en la punta de los telescopios, es preciso sentirla; no reside en los cielos, sinó que obra en las profundidades de la conciencia, y se llama la gracia de Dios.

Hay en estas palabras: *la gracia de Dios*, un encanto infinito que prueba nuestra debilidad y nos inspira una dulce confianza, cuyo principio no reside en nosotros mismos, porque expresa la idea de una fuerza superior y agena á nuestra naturaleza. Pues bien; el linaje humano, que se complace en descansar, confiado en la gracia de Dios, como el inocente niño reclina la cabeza en el seno de su madre; el linaje humano, que nada proyecta, espera ni decide que no sea por la gracia de Dios; no la conoce. Voy, pues, á manifestároslo; y si encontráis el principio de este discurso algo árido, espero que el fin no lo será. Vosotros, los que quisierais sacudir el peso de vuestras cadenas, y que no lo intentais por temor á las dificultades; que no veis en la virtud otra cosa que un ideal quimérico expuesto á las miradas de algunos místicos alucinados, y que, habiéndola buscado vanamente en los principios filosóficos, no habeis creído que puede hallarse en el sacrificio religioso; vosotros, los que no habeis visto en ella más que el resultado del temperamento y de las mil pasiones que agitan cada existencia; vereis que la virtud es un efecto de la gracia oculta en el sacramento. Dividiremos el asunto en dos puntos:

Primero: cómo penetra la gracia hasta las profundidades de la moralidad humana.

Segundo: cuáles son los prodigios que opera.

Imploramos ántes las gracias del Espíritu Santo. A. M.